

TINTA FRESCA

Carta de Wendy

por Vicente García Oliva

Querido Peter:
Me da un poco de vergüenza escribir esta carta, y te aseguro que dudé mucho antes de hacerlo. Como muestra te diré que el cajón de mi mesa está lleno de folios que, indefectiblemente,



empiezan por «Querido Peter». Y es que ¡ha pasado tanto tiempo ya! Tanto que ya casi no puedo acordarme de cómo eras. Tanto que ya casi no puedo acordarme de cómo era yo.

Pero a pesar de todo, quedan en mi memoria retazos de aquellos días le-

dónde iba a venir? ¡Anda, anda, que a ti cuando te da...!»

Desfilaban luego otras personas, que me miraban con expresiones varias: incredulidad, reproche, complicidad... Recuerdo que el jefe de la oficina donde trabajaba dijo algo como: «Oiga, joven ¿es que no piensa volver a ocupar su puesto en el Banco? (yo trabajaba en un Banco, ¿saben?). Vamos dígalos, porque lo que sobra es gente en el paro, ¿eh?» Y así mucha más gente, y eso. Luego, durante unos momentos, todos se pusieron a hablar atropelladamente a la vez, hasta que, súbitamente, se hizo un gran silencio. Se oía, como es de rigor, el tic-tac de un reloj, pero eso no cuenta. En ese momento comprendí que yo tenía que hablar, pero el caso es que no podía.

Y entonces la pesadilla llegó a su clímax, comencé a hablar, hablar y hablar, pero ¡en asturiano! No podía controlar mi lengua, y veía que ellos se enfadaban más y más: «¡Es inaudito!» «¡Es terrible!» «¡Es intolerable!» Mi hijo decía: «¡Papá,

Vicente García Oliva

El otro día tuve una terrible pesadilla. Soñé que yo era el Hombre que Nunca Existió. Sí, ya sé que parece una tontería, pero ya se sabe que los sueños no destacan precisamente por su nivel de inteligencia.

El caso es que estaba yo en esas, con mi buena dosis de angustia y tal, cuando aparece por allí mi madre (por el sueño) y me dice: «No seas tonto, hijo. Existes. Naciste en Xixón, el 3 de julio de 1944. Lo sé porque yo estaba allí». No tuve tiempo a responderle, cuando se presentó mi padre con su cara circunspecta (mi padre siempre tiene la cara circunspecta) y me dijo: «Vamos,

vamos, muchacho. ¡Claro que existes! ¡Si lo sabré yo que pagué tus facturas de estudios del Bachillerato y de profesor mercantil! ¡Pero si hasta estuviste en la Universidad de Bilbao, cuando no era de Bilbao sino de Valladolid!».

Yo le miré con esa cara de idiota que ponemos en los sueños y quise decir algo, pero las palabras no salían de mi boca. Entonces entró en la pesadilla (que por entonces ya empezaba a animarse) mi mujer, que venía con mi hijo de la mano: «¡Mira Vicente, no disimules, que siempre estás ocultando algo. Si tú no existieses, éste (y señalaba a mi hijo Mauro) ¿de



ULISES WENSELL.

papá!» Mi padre decía: «¡Hijo, hijo!» Mi mujer decía: «¡Pero Vicente...!» Y yo no podía dejar de hablar y hablar en esa lengua inexistente. Me taparon la boca con esparadrapo, y entonces cogí papel y un bolígrafo y empecé a escribir rápidamente. A escribir y escribir, hojas y hojas, todas ¡en asturiano! Y todos comenzaron a discutir entre sí, y a mirarme a hurtadillas. Por fin se acercaron a donde yo estaba escribiendo, me arrebataron los folios de la mano, los rompieron en trocitos muy menudos y después, todos al tiempo, como si se tratara de un coro griego, dijeron con voz lenta y profunda: «Sí, Vicente, tenías razón. Tú eres el Hombre que Nunca Existió.» Y se fueron.

Ellos se fueron, pero yo todavía no desperté de la pesadilla.

P.D.: Vicente García Oliva tiene siete obras para niños y jóvenes publicadas en lengua asturiana. Una lengua que quieren hacer inexistente.

janos. Una sucesión de imágenes descabaladas, deshilachadas, sin orden ni continuidad, pero que forman como un mosaico de felicidad al que me aferro cuando todo me falla, cuando me siento cansada de vivir esta vida que llevo (o mejor, que me lleva), cuando, como ahora, noto esa sensación de soledad que no pueden evitar todas esas personas que me rodean.

Dudo que tú puedas entenderlo (espera, no te enfades), acostumbrado como estás a tratar con la edad de la ilusión, de la fantasía, de la aventura. Y es que este mundo nuestro (de los adultos, quiero decir), sólo tiene la ilusión del dinero, la fantasía de las apariencias, y la aventura del poder.

No recuerdo mucho de ti, esa es la verdad. Es más lo que intuyo, lo que percibo irracionalmente, o quizás lo que deseo, que lo que recuerdo realmente. Tengo muy clara, sin embargo, la primera vez que te vi. Yo esta-

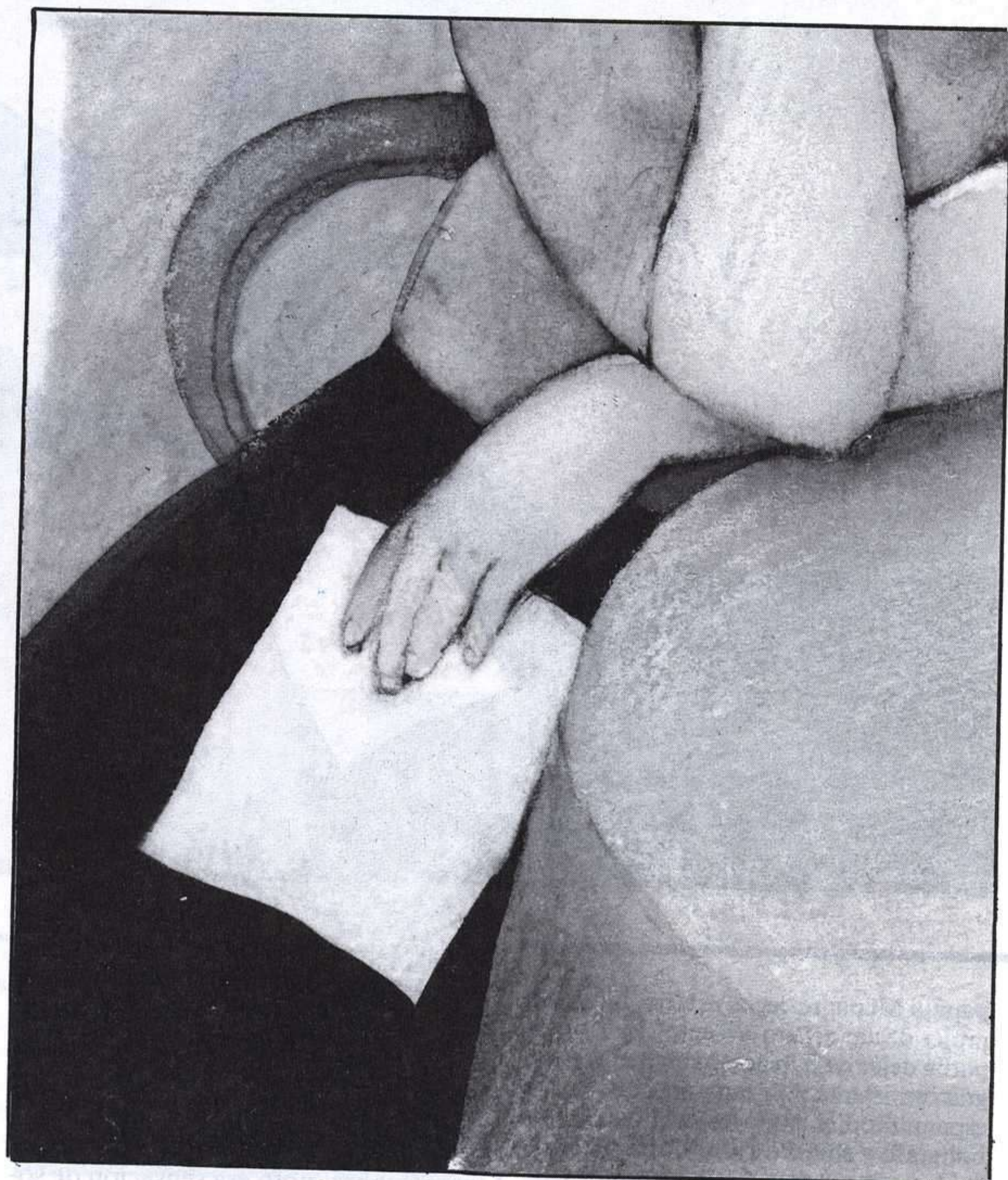
ba echada en la cama. Mis padres habían salido a una de esas odiadas fiestas que hacían que Juan, Miguel y yo nos quedáramos solos en la casa. La luz de la luna se filtraba a través de la persiana que nunca cerraba por miedo a la oscuridad. Sentí un pequeño ruido, casi imperceptible. Miré, y allí estabas tú, con tu pintoresca indumentaria, con tu aire de niño travieso. Hablamos. Me dijiste que estabas buscando tu sombra, que la habías perdido. Yo te ayudé a encontrarla y luego me ofrecí a cosértela para que nunca más volvieras a perderla (tú querías pegarla con jabón, ¿te acuerdas?).

No recuerdo muy bien qué pasó luego, pero me veo volando por el aire en compañía de Juan y Miguel, y luego, allá abajo, como una enorme tortuga verde, la silueta de una isla. «Es el País de Nunca Jamás», me dijiste. Una suave brisa nos empujaba y pe-

queñas gotas de rocío mojaban nuestras caras. Algunas nubes curiosas se acercaban a mirarnos. Descendimos, y sólo recuerdo el verdor de una exuberante vegetación que se aproximaba velozmente hacia nosotros. Luego mis recuerdos se entremezclan, se disuelven. Nombres e imágenes acuden a mi mente superponiéndose, quitándose el sitio unas a otras. De entre ellas salen, como no, Campanilla, el capitán Garfio, con su fiero semblante, el Simplón, Ligerín, el Agudo, el capitán Claraboya, y los Pielas Rojas, y más crueles piratas, y un puñado de aventuras que me cautivaron, pero cuya memoria se pierde en la noche del tiempo. Y ya, por fin, el viaje de vuelta a casa, y otra vez el contacto con las sábanas blancas y el recuerdo de todo ello con una sensación agri-dulce, como algo feliz que te hace daño.

Y después... Después nada. Algunos otros días felices, el final del colegio, los primeros amores, y ya, pronto, convertida en una mujer adulta. En una señora seria preocupada por su casa, por su marido, por la cesta de la compra. Y una interminable, monótona, sucesión de días ocupada en buscar ocupación, en llenar los vacíos, las grietas de una vida en la que todo ya estaba dispuesto, ordenado. El marido trabajador (demasiado) y aburrido. Los hijos que ocuparon tu tiempo, pero que ahora ya no te necesitan. Las tareas domésticas. La cháchara estúpida con las vecinas. El cine de los sábados. El amor a tiempo fijo. La visita de los amigos que nada nuevo tienen que contarte, como no sean los últimos chismes políticos, o de las revistas del corazón. Y esa línea larga y recta que se extiende ante tus ojos, y que resulta ser tu vida futura, tu destino a cumplir.

Y un día, sí. La necesidad de ti, Peter. De recordarte, de revivirte, de soñar contigo, con todo lo que tú eres, con todo lo que tú representas: la libertad, la aventura, la improvisación, el miedo, el valor y, porque no, ese ne-



ULISES WENSELL.

garte a crecer, a entrar en un mundo que te anula, que te ignora o que te convierte en mercancía de cambio, en juguete de unos intereses, de unos modos de vida que no te gustan. Que odias.

Y por eso, Peter, te escribo esta carta. Con la secreta esperanza de que llegue hasta ti, hasta tu País de Nunca Jamás, hasta ese ilusionado lugar donde nada se hurta, donde todo es posible. Y que una vez en tus manos te acuerdes de mí, del tiempo que estuvimos juntos, y vengas a buscarme, y me llesves contigo hacia donde se de-

tiene el tiempo, y donde siempre cabe una esperanza.

Puede que se me hayan olvidado muchas cosas, pero esta noche dejaré junto a la ventana un sobre que contenga esta carta, y en cuya superficie figure escrita la dirección que tú nos diste para cuando pudiéramos necesitarla, y que yo conservo en mi corazón: País de Nunca Jamás. Segundo a la derecha y después siempre adelante hasta la mañana.

Tuya

Wendy